



**DIÓCESIS DE RIOHACHA**  
**MONSEÑOR FRANCISCO ANTONIO CEBALLOS ESCOBAR C.Ss.R.**  
**SEPTIMO DOMINGO DE PASCUA, EN LA FIESTA DE LA ASCENSION**  
**RIOHACHA, 16 DE MAYO DE 2021**

Estimados hermanos y hermanas, sean todos bienvenidos a participar en la celebración eucarística en este séptimo domingo del tiempo pascual. Domingo en que la Iglesia nos invita a celebrar la solemnidad de la Ascensión del Señor al cielo, como también la LV Jornada de las comunicaciones; jornada instituida por el Concilio Vaticano II, mediante el decreto Inter Mirifica. Aprovecho la ocasión para saludar a todos los comunicadores del Departamento de la Guajira. Felicito a la parroquia catedral por la celebración de la fiesta del Milagro. Hago extensiva estas felicitaciones a las parroquias de San Isidro Labrador, tanto de Tomarrazón como de Palomino, por la fiesta patronal. Saludo también a quienes nos siguen a través de las redes sociales de la Diócesis. Seguimos orando por los enfermos; pido de manera especial por la pronta recuperación del padre Pavel Assia. Encomiendo a quienes durante esta semana, han partido a la casa del Padre, a causa del Covid-19.

El jueves pasado, llamado tradicionalmente jueves de la Ascensión, hasta la ley Emiliani, se cumplieron cuarenta días desde el acontecimiento de la Resurrección hasta la Ascensión, cuando Cristo, como dice el Credo de los Apóstoles “subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso”. Durante estos cuarenta días, a través de las diversas apariciones, Jesús ha ido consolidando la fe de sus discípulos animándolos para la misión a la cual van a ser enviados después de recibir al Espíritu Santo, como bien dice Lucas en la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles: “recibirán la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre ustedes y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra”. Si, es que lo importante de esta solemnidad, además de saber que Cristo está en el cielo de manera victoriosa, es enterarnos de lo que significa ascensión en nuestra vida de bautizados. Y comprender, por supuesto, que esta fiesta es el momento en el que Jesús nos pasa el relevo a nosotros, sus discípulos. Es que los seguidores de Jesús hemos recibido el encargo de anunciar la Buena Noticia al orbe entero.

Precisamente los Hechos de los Apóstoles, empieza con el relato de la subida (ascensión) de Jesús junto al Padre. En este relato nos dice San Lucas que, cuando Jesús subió al cielo, los Apóstoles se quedaron pasmados, extasiados, enajenados, mirando hacia arriba, hacia donde Jesús había marchado, hasta que unos mensajeros del cielo les llamaron la atención para que volvieran a la realidad: “galileos, ¿qué hacen ahí plantados mirando al cielo? Y es que el que se marchaba no lo hacía para desentenderse de los problemas de la humanidad. No se preocupen que “el mismo Jesús

que ha sido tomado de entre ustedes y llevado al cielo, volverá como lo han visto marcharse al cielo”.

Queridos hermanos, la presencia de Jesús de Nazaret junto al Padre es la ratificación de su victoria personal sobre la muerte, sobre el odio, sobre la violencia, sobre la prepotencia de los poderosos; pero, además, su victoria anticipa la victoria de toda la humanidad, como nos dice la oración colecta de esta solemnidad: “porque la Ascensión de Jesucristo, tu Hijo, es ya nuestra victoria, y donde nos ha precedido Él, que es nuestra cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo”. Ese es el destino último de nosotros; un destino que no está encerrado en los estrechos límites de este pequeño planeta, un destino que no está encadenado a esta tierra. Jesús de Nazaret es el primer hombre que vence las limitaciones de la naturaleza humana, es el primer hombre que entra a formar parte del ámbito de la divinidad, y en él, desde el momento de su Ascensión, las posibilidades del hombre han dejado de ser limitadas. Pero Jesús va delante de nosotros y quiere que lo sigamos, no sólo en la hora del triunfo sino también en la vida cotidiana que trae consigo luces y sombras, pero al final, a quienes viven en fidelidad y perseverancia, recibirán la corona de victoria. Es que la victoria de Jesús fue el final de una larga y dura lucha, la consecuencia última de una generosa pero difícil entrega. Por eso los discípulos de Jesús no se pueden quedar plantados mirando a las nubes, porque Jesús subió al cielo, junto a Dios, después de entregar su vida para enseñarnos a arreglar la tierra.

La tarea de Jesús, que culmina en este día en el que vuelve a la casa del Padre, no estaba acabada, por supuesto que no. Porque Jesús no vino a terminar nada, sino a enseñarnos cómo podíamos nosotros solucionar los muchos problemas que nosotros habíamos ido acumulando: incapacidad para entendernos, opresión, violencia, muerte... Todos esos problemas tenían solución. Esa era la Buena Noticia, pero con su ayuda y acompañamiento permanente, pues ciertas son sus palabras: “No los dejaré solos, le enviaré el Paráclito, el Espíritu de la verdad que les enseñará la verdad completa”; más aún: “Yo estaré con ustedes hasta el final del tiempo”.

Los que habían tenido la suerte de conocer a Jesús, de recorrer con él los caminos de Palestina, no podían guardarse para ellos esa bella experiencia. Lo que ellos sabían, lo que ellos habían experimentado, no era solo para su provecho personal. Su amistad con Jesús no era un patrimonio que pudiera disfrutarse de modo exclusivo y egoísta. Es que Jesús los había elegido no para formar un club de amigos, sino para que estuvieran con él y para mandarlos a predicar a continuar su obra, y este era el momento de emprender la tarea: “Vayan al mundo entero y proclamen el Evangelio a toda la creación”. Es toda la humanidad la destinataria de la Gran Noticia que, en primicia, habían escuchado de manera privilegiada, los discípulos. Pero no podían quedársela para ellos: perdería todo su sentido.

Lo que tienen que anunciar es una noticia que ellos como testigos cualificados habían oído y visto, por lo cual tienen que dar testimonio de ese hecho, de ese acontecimiento que transformó sus vidas. Por eso no serán solo palabras que ofrecerán a quienes les pongan atención. No, su anuncio irá acompañado por unas señales que le darán credibilidad, que serán por sí mismas Buena Noticia.

“echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, tomarán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos”. Si, esta es nuestra tarea: Evangelizar, anunciar el Evangelio de Jesús, que en palabras del Papa Francisco: “Callejear la fe”.

Este mandato de Jesús con seguridad obliga a que nos preguntemos: ¿Cómo? ¿A través de qué medios? Por supuesto que la respuesta es obvia: con los medios con que la ciencia y las tecnologías de las comunicaciones hoy nos están ofreciendo. Así, para poder llegar a los confines, no digamos del mundo, sino de la Diócesis, que es nuestra obligación primera como Iglesia Diocesana, hemos creamos canónicamente el Centro Diocesano de Comunicaciones con una emisora virtual, “Voz de la Esperanza Riohacha fm; un informativo virtual Diocesano, “Gaudium”, un centro de producciones de audio y video profesionalizado, manejo de redes sociales, página web. Y para formar a los apóstoles de las comunicaciones también he creado canónicamente el Centro de Formación para Comunicadores de Iglesia. Estas iniciativas nos ayudaran a llegar con el Evangelio a muchos fieles de la Diócesis, no sólo en tiempo de pandemia, como lo hemos hecho hasta ahora, sino también en tiempos de la nueva normalidad, como ya se van acercando, con el poder de Dios.

Hermanos, el mandato de evangelizar es para todos, cada uno lo hace desde sus posibilidades, una manera de hacerlo, además del anuncio explícito de la palabra de Dios, del testimonio de vida, es colaborando económicamente para que se haga realidad en nuestra Diócesis, lo que hoy hemos creado canónicamente. De nosotros depende que el Evangelio sea escuchado y vivido en los confines de nuestra Diócesis y del mundo.

Recordemos que la fiesta de la Ascensión no es para ver cómo se va Jesús al cielo, sino para ver cómo nos quedamos nosotros aquí en la tierra para sembrar esperanza en este mundo, para hacer que el reino crezca en él, para aceptar llenos de coraje y de ilusión, el desafío que nos hace Dios de que colaboremos con él en la tarea de transformar nuestro mundo, nuestra realidad. Por tanto, esta es una ocasión estupenda para llenarnos de alegría por todo lo que Dios ha puesto en nuestras manos y empezar a compartirlo con todos nuestros hermanos, especialmente con los más pobres, con los que más sufren, con los más necesitados, y por supuesto con su Iglesia para este tipo de obras.

Que la Santísima Virgen María, quien salió de prisa a comunicar a su prima Isabel lo que el Ángel le había anunciado, nos ayude y acompañe a salir de prisa a comunicar el gozo del Evangelio que hemos recibido. Amén.